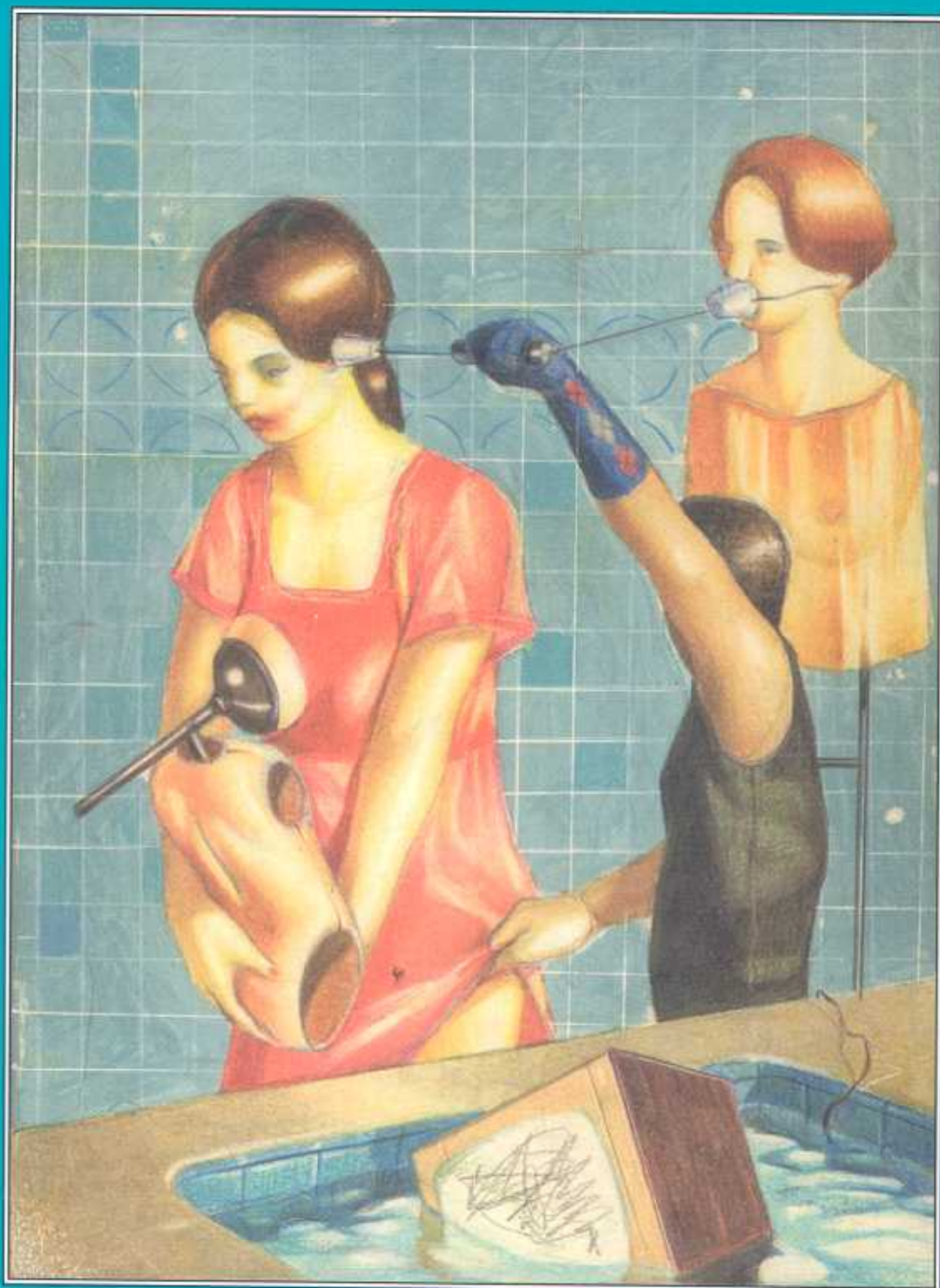


HUELLAS

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DEL NORTE

20 años



20 años de *Huellas* • Formación del hombre en el mundo contemporáneo •
Dos textos póstumos de Campo Elías Romero Fuenmayor •
Carlos Angulo Valdés: arqueólogo del Caribe

Entrevista con Antonio Esteban Sánchez Jiménez

Remembranzas del maestro Roberto Páramo

SU IMPORTANCIA EN EL ARTE DEL CARIBE COLOMBIANO

Piedad Sánchez Molinares'

INTRODUCCIÓN

El escrito que a continuación aparece sobre el maestro Roberto Páramo, amerita algunas aclaraciones: señalar quién fue o, más bien, quién es este personaje en la historia del arte de Colombia y qué importancia tiene para la historia del arte del Caribe colombiano.

Sobre lo primero cabe señalar que figura en la generación que hace las veces de puente entre los artistas de la Colonia en la incipiente República, y luego el grupo de los que bregan por un arte moderno y propio, que apareció a mediados del siglo XX con el *boom* de las artes plásticas con figuras tan significativas y reconocidas, como son los casos de Alejandro Obregón, Enrique Grau y Fernando Botero, entre otros.

El maestro Páramo forma parte del grupo que lucha desde la trinchera de la acción, respetuosa y pacífica, pero comprometiendo la vida, por ganar un espacio para que las artes plásticas fueran reconocidas como una profesión en el país. Es decir, este maestro no sólo permite que la pintura sea su pasión, sino que se entrega totalmente a ella, mediante la creación estética, formando parte de ese núcleo incipiente que hoy se conoce como la "Escuela de Paisajistas de la Sabana."

Pero no sólo enriquece las artes plásticas como creador de una gran obra que hasta ahora se em-

pieza a dimensionar dentro del proceso de evolución y desarrollo de la pintura en Colombia, sino que, además, juega un papel relevante como profesor de esas generaciones que empezaron a formarse, con el incipiente rigor y riqueza de esa escuela nacional de Bellas Artes. Debido a la existencia del mencionado centro, los artistas nativos no sólo contaban con su talento y habilidad innatas, sino con parte de ese conocimiento rico en concepciones, tradiciones, experiencias, técnicas y organización que la academia ha acumulado con el paso del tiempo.

A partir de ese momento, con limitaciones múltiples, pero con la fuerza de una gran motivación y tesón, intentaba dar el salto del sueño a la realidad a través de la Escuela de Bellas Artes. Entre sus discípulos se encontró al entonces joven escultor y pintor magdalenense Antonio Esteban Sánchez Jiménez, quien es el primer escultor y pintor graduado en el único centro de formación académica donde se podía estudiar Artes Plástica en ese entonces y quien luego de obtener sus diplomas profesionales, que lo acreditan no sólo como pintor, dibujante y escultor, sino también como persona apta para enseñar estas artes, regresa a la Costa alrededor de la década del 40. Luego de una breve permanencia en Barranquilla, donde realiza obras como los bustos de los fundadores del colegio La Salle, hoy en inmediaciones de la Biblioteca Departamental, un Santo Sepulcro para la familia González Rubio y algunos otros trabajos, se instala en la ciudad de Santa Marta, donde a la ya existente Escuela de Música, se le anexan dos secciones más en 1942, que a saber son: la sección de modelado y escultura y la sección de dibujo y pintura, ambas bajo la responsabilidad académica del profesor Sánchez, quien pese al hecho de habersele ofrecido

* Nacida en Barranquilla. Socióloga con estudios en arte, especializada en investigación para el desarrollo, magíster en desarrollo social. Docente universitaria e investigadora, actualmente trabaja con la Univesidad del Norte y Fundesarrollo.

la dirección de lo que se constituyó oficialmente como "Instituto de Bellas Artes del Magdalena", declinó el cargo y lo asumió el profesor José M. Conde, quien había venido dirigiendo la Escuela de Música de manera muy acertada, que ahora pasaba a ser sección de música.

Esta organización que se produce con la llegada del profesor Sánchez a Santa Marta, queda consignada en virtud del decreto N° 133 de la Gobernación del Departamento, de conformidad ésta con la Ordenanza N° 57 de la Honorable Asamblea de 1942, que añade a la antigua enseñanza musical la del modelado y escultura, dibujo, pintura y declamación.

En esta escuela se forman bajo la dirección del profesor Sánchez, como le llamaban en la ciudad, las nuevas generaciones de artistas no sólo magdalenenses, sino también de otras zonas, varios de ellos reconocidos en el campo de las artes, como lo



Cementerio Central de Bogotá de Roberto Páramo, óleo sobre cartón, 13,5 x 9 cm, colección privada.

son los restauradores Mendivil y Álvaro Cogollo, además pintor, escritor y restaurador de arte, el retratista Diomedes Vargas, el escultor Otoniel Sandoval, y el paisajista samario hoy radicado en el Tolima, Roberto Diazgranados, entre otros.

En Santa Marta, se encuentran numerosas obras del profesor Sánchez. Para citar algunas, está la Santa Cecilia de la Catedral de Santa Marta, la Virgen Milagrosa que se encuentra en el cerro del Cundí, el Monumento al Estudiante Caído, que se encuentra en el Liceo Celedón de Santa Marta.

También este maestro tiene obras en otros lugares, como el Bolívar elaborado en un pedazo de tronco de tamarindo de la Quinta de San Pedro Alejandrino, que el gobierno colombiano obsequió a los Estados Unidos, la Maternidad, que se encuentra en Caracas.

También hay obras suyas en diversos pueblos como el San Pedro de la iglesia de El Piñón, o la Santa Marta, de la entrada a Taganga, una de sus últimas obras cuando ya el artista era un nonagenario.

Además, fue profesor de artes en varios planteles de Santa Marta como la Escuela Normal de Señoritas, el Instituto Técnico del Magdalena y el Liceo Celedón, donde fue profesor de personajes como el conocido compositor Rafael Escalona, entre otros.

El maestro Sánchez, fue un multiplicador y seguidor de las enseñanzas del paisajista Roberto Páramo, a quien citaba cada vez que tenía que referirse a las definiciones de arte o los conceptos de color, luz y sombra.

Así pues, la conversación sostenida con el maestro Sánchez, sobre su maestro Roberto Páramo en una tertulia del mes de septiembre de 1997 en Barranquilla, enriquece la visión y la historia del proceso de desarrollo del arte de la Costa Atlántica, desde la óptica muy humana de aquellos que en un momento fueron sus protagonistas.

REMEMBRANZAS DEL MAESTRO ROBERTO PÁRAMO

En esta Barranquilla insólita y macondiana, por estos días, he tenido el regalo celestial de encontrarme con un anciano maestro de la escultura que atesora en sus jirones de memorias, existenciales retazos de la historia del arte colombiano.

Me refiero al nonagenario escultor magdalenense Antonio Esteban Sánchez Jiménez, quien en una de las tertulias con amigos, compartía con nosotros entre vinos y emocionados recuerdos, las imágenes que llegaban a su memoria de su maestro Roberto Páramo, cuando Sánchez estudiaba en la Escuela de Bellas Artes de Bogotá.

Páramo, quien el primero de julio cumplió un aniversario más de su nacimiento, empieza a hablarnos de su sencillez y generosidad de verdadero maestro, que no se reservaba nada para sí, sino que entregaba alegre y generosamente sus conocimientos y arte a sus discípulos.

“Recuerdo —decía—, como si estuviera viendo su figura, pintado tembloroso, por cierto, no se cómo lo hacía, los paisajes de la Sabana de Bogotá en cuadritos del tamaño de las postales”.

“A mí me tenía una especial distinción, tal vez porque yo era un joven muy activo y entregado al hecho de sacar la escuela adelante y hacer que ésta dejara de ser la Cenicienta, que pudiera participar de la vida estudiantil, como lo hacía la escuela de Medicina, por ejemplo.

“Un día me puso a escoger entre sus obras las que a mí más me gustaran y me las regaló. Imagínense ustedes la felicidad mía; yo las conservé hasta que llegó la revolución. Bueno, mejor no hablamos de eso.”

Estos recuerdos, narrados por uno de los protagonistas de la “época de muchachada”, como los llama el profesor Sánchez, contrastan con la actitud mezquina de algunos profesores contemporáneos que tal vez escudan su mediocridad, o quizás la pobreza de su espíritu, aduciendo que ellos trabajan y dan de acuerdo con lo que se les pague.

Cuánta falta hacen hoy estos maestros que sin proponérselo logran quedarse, por su talla espiritual, como modelos y guías en las mentes de sus discípulos.

Nos cuenta este alumno del maestro Páramo, cómo a pesar de que su vida transcurría con una gran sencillez, ésta no lo marginó, sino todo lo contrario, le permitió entregarse más a la vida intelectual y artística de aquel entonces, porque era una persona que siempre estaba dispuesta a atender a todos aquellos que a él se acercaban sin distinciones de edad o posición social. Quizás fuera esta la clave de su bello trabajo como paisajista, porque como

decía Constable: “El paisajista debe contemplar el campo con pensamientos modestos. El espíritu arrogante no verá jamás la naturaleza en toda su belleza.”

Nos cuenta el profesor Sánchez que su maestro a menudo le decía: “El arte no es sino un pálido reflejo de las obras maestras de la naturaleza.” Esta visión del arte nos puede explicar por qué el tema dominante de su obra fue el paisaje.

Indudablemente, el maestro Roberto Páramo es uno de los padres de la más auténtica pintura paisajista en Colombia.

El no estuvo, como otros gestores de la pintura moderna colombiana, formándose en Europa. Su vida transcurrió fundamentalmente en Medellín, donde pasa su infancia, en la Bogotá de finales del siglo XIX y principios de este, en los pueblos aledaños a la capital, como Choachí y Sogamoso, entre otros, y en Fusagasugá, donde muere en 1939. Sin embargo, los pintores europeos se convierten en estímulo, guía y modelo por las fotografías que de sus cuadros llegan a la capital o por la influencia de sus coetáneos como Ricardo Acevedo Bernal y Andrés Santamaría, con quienes comparte las visiones y saberes que traen del Viejo Mundo. Roberto Páramo obtiene un diploma en la Sala Leonardo Da Vinci, donde expone en la ciudad de Milán su obra “Interior de Santo Domingo.” Esta muestra fue llevada a Italia por su ex-alumno, el maestro Roberto Pizano, quien llegaría a ser director de la Escuela de Bellas Artes en reemplazo de Coriolano Leudo, y quien profesó gran respeto y admiración por su maestro.

Quizás se puede decir que Roberto Páramo trabajó el paisaje como lo empezaron a hacer los europeos desde “La Tormenta” de Giorgione, donde el paisaje es lo principal y no el simple fondo de unos personajes. Aquí el paisaje es el resultado de esa contemplación de la naturaleza, y si hay figuras humanas, éstas están integradas a él.

Un elemento que llama la atención de los paisajes de Páramo es la fresca humedad que logra transmitir cuando pinta la sabana o cuando el paisaje, pese a ser urbano, deja sentir la húmeda y fría atmósfera de la Bogotá de principios de siglo.

Su composición es equilibrada y armónica, aun en aquellos trabajos donde por su simplicidad parece que en términos compositivos el lienzo se debe dividir en dos: una parte, cielo, y la otra, tierra

de la sabana.

Roberto Páramo fue un artista que desde el principio de su carrera se percató de que el dibujo es la base de la pintura, o, en general, de las artes plásticas. Su discípulo, el profesor Sánchez, nos dice al respecto:

“Nos hacía dibujar primero los yesos, estatuas, manos, pies, cabeza, en fin, diferentes objetos, y cuando ya manejábamos el dibujo, nos pasaba a dibujar del natural. Mientras estábamos dibujando en clase, se acercaba y nos corregía a uno por uno, y nos exigía bastante la geometría y la simetría. Nos decía: esto está malo, pero no nos trataba como otros, sino que nos mostraba, por ejemplo, mire la sombra, hasta que dábamos con lo que era. Esos eran trabajos con lápiz o carboncillo, y él no corregía todos los días sino una vez a la semana.

“También nos hacía dibujar telas que llevaba y colocaba sobre los yesos para que apreciáramos y aprendiéramos a manejar bien lo de las sombras y las luces.”

Este paciente y exigente maestro dominaba pues el dibujo y lo mostró en toda su obra. Pero hay un hermosísimo trabajo sobre el que hay que llamar la atención para resaltarlo como obra maestra: es un retrato de su madre en 1920, en carboncillo sobre papel, con un formato de 40 x 25 cm, en el que lo magistral no es sólo el detalle minucioso registrado por el artista en su dibujo, sino el espíritu que anima la obra, tanto que le da vida hasta el punto que uno como espectador espera que la se-



Retrato de su madre, de Roberto Páramo, carboncillo sobre papel, 40 x 25 cm. 1920, colección particular.

ñora hable en cualquier momento.

Roberto Páramo Tirado pintó además algunos retratos, de los que puede dar fe el anterior comentario, paisajes y bellos bodegones. Era un hombre de una amplísima cultura. Su discípulo nos cuenta que cuando el maestro Roberto Pizano lo nombró bibliotecario “...uno llegaba a la biblioteca y decía: ¡Maestro!, necesito tal libro; él inmediatamente se dirigía al estante preciso y se lo traía. Además, en varias ocasiones, uno le solicitaba que él le orientara sobre el material que debía consultar acerca de alguna investigación que estaba haciendo y él lo hacía. Yo creo que sabía lo que decían cada uno de los libros de la Biblioteca de la Escuela de Bellas Artes.”

En el pasado mes de julio, que se cumplió un aniversario más de su nacimiento, vale la pena rendirle a este Maestro el humilde homenaje de estas cortas líneas en las que se sintetiza el recuerdo afectuoso de aquellos en los que supo sembrar con generosidad, y de quienes, como yo, se han nutrido de los que recibieron la semilla.

No puedo terminar este artículo sin hacer alusión al hecho de cómo la grandeza de un espíritu y su obra, escondidas bajo una “franciscana humildad”, como bien lo expresó el maestro Roberto Pizano, termine por florecer, sin proponérselo, como inmortal ejemplo que contrasta hoy con tanta pose de genio, que vacía de creación, una vez retiradas las estrategias del *marketing*, no son capaces de soportar el paso de los meses porque ya su cimiento, la moda, ha pasado.